

JAZMÍN RIERA

*Amor de
invierno*

AMOR DE INVIERNO

Jazmín Riera

CAPÍTULO 1

El comienzo

Los gemidos se escaparon de mi boca con suavidad. No estaba en una posición cómoda para mi pierna.

—Espera, espera —le susurré para frenar su accionar. Él me miró sin entender.

—¿La pierna de nuevo? —preguntó mirándome.

Asentí mientras él apartaba su cuerpo desnudo y yo trataba de acomodarme en la cama para que mi pierna dejara el dolor profundo de lado.

—Maldita sea —susurré estirándome hacia la mesa de luz; agarré un blíster de pastillas para luego beber del vaso de agua que allí reposaba. Era el segundo calmante que me tomaba en el día—. Listo. Sigamos —le dije a Benjamín pasando una mano por su nuca y atrayéndolo hacia mí; él volvió a posicionarse con una pequeña sonrisa en sus labios. Pero un tirón en mi pierna hizo que nos detuviéramos. —Mierda —dije por lo bajo cerrando los ojos con fuerza en un intento de llevar la mente a otro lugar.

—No, basta, Lina. No podemos así —sentenció mientras salía de la cama en búsqueda de su bóxer.

—Tan solo espera, se pasará como siempre... —susurré mientras me masajeaba el muslo tratando de alejar el dolor.

—¿Estás haciendo los ejercicios que te indicó el doctor? —preguntó ya con el bóxer puesto. Se sentó en la cama y me miró con preocupación.

Asentí mientras yo también me sentaba.

—Sí, pero no sé qué ocurre. Me duele más de lo normal, cualquier maldita posición me provoca dolor —gruñí mirando la cicatriz a un lado de mi pierna; era casi invisible, pero igual odiaba verla.

—¿Quieres que...? —comentó mientras acercaba su mano a mi pierna. Me corrí con rapidez y, para mi sorpresa, no sentí dolor.

—No, yo puedo. Debe ser porque me excedí con las clases —expliqué para luego estirarme nuevamente hacia la mesita de luz y agarrar la crema descontracturante.

Con lentitud, y bajo la mirada de un Benjamín algo frustrado, comencé a masajear la pierna.

—¿Estás segura de que no quieres que te acompañe al médico? —preguntó con el ceño fruncido; su cabello rubio platinado que caía un poco más abajo de sus orejas se veía brillante con la luz que se filtraba por la ventana. Negué con la cabeza—. Me iré a bañar —comentó para luego dar un suspiro y agarrar una toalla que colgaba de una de las sillas.

—Ahora preparo el desayuno —le dije concentrada todavía en el masaje.

Mi pierna no era un impedimento para nada, aun así, a veces dolía y mucho. Debía tener sumo cuidado con las ma-

las posiciones o con bailar demasiado, ya que me cansaba con rapidez. Con Terra a veces reíamos pensando en qué sería de mi vida si fuese una maratonista; creo que sería imposible.

Sentí la crema refrescar mis músculos y aliviarlos; dejé el pote arriba de la mesa de luz y me puse una camiseta.

—Te digo que Lolo no lo entiende, simplemente no quiero conocer a su familia. ¿Es tan difícil de comprender? —dijo Terra mientras caminábamos una al lado de la otra por la vereda.

—Quiere que entres en su vida, Terra. ¿Por qué no lo intentas? —respondí relajada a su lado mientras el bolso de baile colgaba en mi hombro.

—Porque ya estoy en su vida. No necesito más... —contestó luego de responder un mensaje en su teléfono.

—Están saliendo desde hace un año entero —dije divertida—. ¿Qué te aterra? —pregunté. Ella frenó para mirar la vidriera de un local de ropa—. Solo admite que tal vez no estás enamorada...

—Me aterra no tener ese maldito suéter —comentó con una sonrisa, revoleé los ojos. Ambas entramos al lugar. Era algo tan Terra... ignorar las grandes conversaciones o los grandes eventos—. León dice que extraña tu cara... —dijo mientras miraba un perchero de ropa.

—Sí, y yo extraño la suya. Pero no tuve ni un minuto libre como para hacer una videollamada. ¿En dónde está ahora? —pregunté mientras miraba unos anteojos que podrían servirme para las tardes soleadas.

—Asia —dijo mostrándome el tan ansiado suéter. Era muy de su estilo: blanco, con algunas transparencias y brillos en los hombros. Delicado y con un toque original. Algo muy propio de ella.

Sabía que le preocupaba que León siguiera tan lejos, era como si no pudiese acostumbrarse a la idea de que su hermano mellizo tenía alma de viajero. Desde hacía años viajaba de un lugar a otro y regresaba para Navidad o Año Nuevo, pero por algún extraño motivo el último año había decidido no venir.

—Ya no le puedo seguir el rastro —dije ahora mirándome en el espejo y probándome unos anteojos.

—¿Pensaste en lo del viaje? —preguntó Terra luego de comprar el suéter y de que saliéramos a la calle.

—No, todavía no he tomado una decisión. Quiero que este año salga todo bien para la competencia... —repuse con un suspiro y ella carcajeó.

—Ya te lo dije, Lina. Lolo se puede encargar de encontrarte un buen lugar y hacerte precio. Necesita hacer puntos a su favor, su jefe no le tiene mucha fe y realmente necesita el ascenso... —comentó lentamente.

—Lo sé, pero por algo Lolo tiene que hacer puntos. Yo ya tengo a alguien que nos consiguió todo los dos años anteriores. —La miré y ella simplemente se limitó a sonreír.

—Ganar la competencia más grande de toda Latinoamérica te dará prestigio para la academia y tú lo sabes. No puedes fallar; tú y tus bailarines tienen que estar en el mejor espacio. El año pasado no paraste de quejarte del horrible y peligroso lugar al que los habían llevado para hospedarse. Encuentra a los cuatro bailarines más habilidosos y yo me encargaré de

hablar con Lolo para que te consiga un paquete... que esté a la altura de ustedes —señaló.

—¿Por qué Bariloche? ¿Por qué un lugar donde hace frío? ¿Esquiar...? El frío no es para mí —dije.

—Puedes no esquiar, simplemente te tiras en un sillón a ver el fuego con una taza de chocolate caliente y ganas el maldito Pavlava. ¿No te basta? —preguntó.

Era una oferta tentadora; Terra realmente me conocía.

—Es Pavlova, no Pavlava y si encuentro un momento para relajarme créeme que haré eso del chocolate caliente. —Reí—. Me voy a la academia o llegaré tarde. Te quiero. —Le di un beso en la mejilla haciendo oídos sordos a sus insultos por despedirme así de repente.

Comencé a caminar rápido hacia mi trabajo; escuché un «te quiero» de Terra y reí revoleando los ojos. Estaba loca si pensaba que iba a ir a esquiar con la pierna así.

—Un, dos, tres —dije mientras caminaba y observaba cómo las jóvenes hacían las posiciones de baile—. Un, dos, tres. *Demi-plié*. —Hicieron la posición con profesionalidad ante mis palabras—. *Devant* —dije finalizando con la entrada en calor y el estiramiento—. Las que no están calzadas, vayan a hacerlo. Empezaremos con un poco de Gallastegui —informé.

—Lina. —Una joven con el cabello tirante en un rodete se acercó a mí—. ¿Te puedo hacer una consulta? —preguntó.

—Fran, dime —contesté.

Francisca era una chica tímida, tenía dieciocho años recién cumplidos y un gran potencial.

—¿Podré bailar en el fondo por esta vez? —preguntó algo cohibida.

—Pero tu marcación de hoy es al frente —comenté sin entender; según la canción, las marcaciones iban cambiando.

—Lo sé... pero, me gustaría bailar en el fondo. Me sentiría más cómoda —dijo. Suspiré. Algo raro ocurría. Asentí.

—Solo por hoy podrás estar atrás —le comenté y ella pareció aliviarse—. ¡Empecemos! En sus posiciones, por favor. Comencemos con un poco de lo que fijamos la clase anterior. —Pulsé *play* y la música lenta comenzó.

El grupo de jóvenes comenzó la coreografía con una leve falla de sincronización. Todas querían ser grandes bailarinas y por eso estaban aquí; éramos «la academia más exigente» y «en búsqueda de la excelencia artística», según nos habían llamado en la última nota del diario local.

El tiempo de la clase transcurrió y la coreografía se fue puliendo; mi trabajo era hacer relucir el talento que cada una tenía, más allá de la técnica.

—Profesora. —Una de las jóvenes señaló hacia la puerta luego de beber agua; estábamos tomando unos minutos de descanso.

Observé a donde señalaba: un joven alto, delgado y extremadamente pálido se encontraba parado en la puerta de la clase. Tenía ropa deportiva algo holgada, un short y una camiseta sin mangas junto a un bolso deportivo colgando de su hombro. No pasaba de los dieciocho años. Su cabello era oscuro, algo desprolijo y con rulos. Me miró con los ojos muy abiertos.

—Tómense cinco más, chicas —le dije al grupo para luego caminar hacia el joven que parecía aferrarse demasiado a la

cuerda de su bolso—. Esta es una clase privada —le dije, él asintió todavía aterrado.

—Lo sé. Lo lamento, es que... escuché que estaban bailando Gallastegui —susurró algo cohibido.

—Es la primera vez que te veo por aquí, ¿eres alumno? —pregunté.

Este último año, gracias a nuestra casi victoria del año pasado en el campeonato Pavlova, la academia había crecido tanto que ya no lograba llevar cuenta de todas las caras que pasaban por allí. En un principio yo me ocupaba de las entrevistas a los nuevos alumnos, pero ahora tenía a dos personas que lo hacían por mí.

—Algo así... —comentó—. Soy extranjero, llegué hace poco al país y comencé clases de estiramiento —dijo lentamente.

—¿Y conoces a Gallastegui? —pregunté frunciendo el ceño. Era raro que una persona que no se dedicara al ballet conociera esa música.

—Estudié un tiempo en España y lo bailábamos mucho; allí aprendí español —dijo con pausa—. Luego... tuve un accidente y me vi obligado a dejar de bailar... —contó todavía intimidado y con palabras cortas. Bajé mi mirada a su pierna, llevaba una cicatriz en la rodilla... parecida a la mía.

—Hiciste el ingreso y no te aceptaron —pensé en voz alta; él me miró fijamente—. Por eso solo haces estiramiento, para que no se atrofie el músculo —completé. Él suspiró y asintió; podía sentir su frustración.

—Vine a la academia con el objetivo de tomar clases con usted, pero no pasé ni siquiera la primera etapa —susurró avergonzado. Observé a las jóvenes ya posicionadas y respiré hondo. *No lo hagas, Lina...*

—Quiero verte mañana por la mañana. Veremos si tienes resistencia y técnica —le dije con rapidez—. No llegues tarde y por favor... ven preparado —fue todo lo que dije para luego darme vuelta bajo la mirada de sorpresa del chico—. ¡Todas en posición! ¡Vamos de arriba! —le dije al grupo al regresar a la sala.

Me dejé caer en mi escritorio, frente a mí ya estaba sentado Erick con los ojos fijos y su gran carpeta siempre fiel en su mano.

—¿Día agotador? —preguntó con una pequeña sonrisa.

—Algo, siento que este lugar crece cada vez más y se me está yendo de las manos —comenté observando con lentitud la pequeña oficina que estaba al fondo de la academia: piso de madera, paredes de un color salmón claro y pósteres de distintas obras de baile.

—Deberías estar feliz —dijo lentamente mientras abría la carpeta—. Trabajaste muy duro para que esto se cumpliera y por fin te estás haciendo un lugar.

—Lo estoy —susurré para luego morderme el labio pensativa—. Estoy realmente feliz. —Sonreí—. Pero... con un poco de miedo, no voy a mentirte. —Me encogí de hombros.

—Llamaron de la revista *Sol*, quieren hacerte una nota para que cuentes un poco de la academia y de cómo vamos a representar a la Argentina en el campeonato Pavlova —informó.

—¿La revista *Sol*? ¿No son esos que destrozan a todo el mundo? —dije abriendo un cajón del escritorio y sacando un caramelo.

—Son bastante exigentes con sus notas, pero nos sirve toda la publicidad que nos puedan dar. —Asentí.

—¿Pudiste llamar a Paloma? Necesitamos urgente que confirme como reemplazo para Sonia hasta que se termine su licencia por maternidad —pregunté.

—Sí y me dijo que vendría el miércoles a hablar contigo —comentó mientras miraba su agenda—. Por otro lado, llamó el banco...

—Estoy atrasada con los pagos, lo sé —asentí.

—En realidad, no. Hemos saldado todas las deudas que teníamos —comentó sonriendo. Lo miré con incredulidad; había pedido un crédito al banco hacía unos años atrás y por fin habíamos logrado pagar todo. Sonreí ampliamente sintiendo el alivio recorrer mi cuerpo.

El lugar estaba creciendo, por ende necesitábamos cada vez más personal, pero como todo cambio, llevaba un desequilibrio y esta vez... los pagos ya estaban encaminados.

—Y por último... ¿qué haremos con los bailarines para el campeonato? Se fueron Ramiro, Marina y Paola... —comentó.

—El único que quedó fue Milo —dije pensativa.

Desde hacía dos años competíamos en el campeonato Pavlova. El año pasado habíamos quedado eliminados en la recta final. Por si fuera poco, tres de los cuatro bailarines habían decidido continuar sus estudios en distintas partes del mundo, ya que el campeonato era una gran ocasión para mostrarse y abrir nuevas oportunidades. La duración era de un mes, pero debíamos estar con anticipación. Esta vez iba a desarrollarse en el sur de la Argentina; sin dudas teníamos ventaja con el tiempo en ese aspecto. Por otro lado, participar nos servía para que la academia siguiera creciendo. Ganar el cam-

peonato Pavlova era el sueño de todas las instituciones de danza en Latinoamérica. Y esta vez... no debíamos quedar eliminados, sino ganar. Pero no sabía si íbamos a poder dar lo mejor con un equipo completamente nuevo.

—No estás segura... —dijo Erick apoyando la espalda en el respaldo de la silla—. ¿Sabes lo que podríamos hacer con los doscientos mil dólares del premio? —habló abriendo mucho los ojos. *Sí, había dicho dólares*—. Podríamos hacer instalaciones más grandes, más clases, más profesores... —dijo entusiasmado.

—Sé que el dinero nos serviría y mucho, ni hablar del reconocimiento. Mira lo que creció la academia con tan solo quedar segundos... —comenté sonriente—. Pero yo no bailo por dinero, bailo por pasión... El año pasado tuvimos un equipo de oro que ya no existe y juntar nuevamente un equipo de ese nivel... será difícil. Hay que evaluar seriamente si estamos listos para volver a competir, porque si no ganamos... todo lo que hemos logrado hasta ahora se caería a pedazos —volví a reflexionar en voz alta.

—¿Cómo está tu pierna? —preguntó cerrando la carpeta.

—«Enojada», por algún motivo extraño que parece ser externo a su dueña... —dije divertida terminando de ordenar algunos papeles.

—Te vi bailar el otro día en el salón principal —comentó frunciendo la boca.

—¿Me puedes decir que hacías por aquí tan tarde? —pregunté cruzándome de brazos burlona y él carcajeó.

—Terminaba de archivar los ingresos, entraron muchos alumnos nuevos este año, ya sabes... —Rio para luego ponerse serio—. Lina, no soy quien para decírtelo, pero debes cuidar

tu pierna —aconsejó amable dirigiéndose a la puerta—. Aunque, por cierto, siempre es lindo verte bailar. —Sonrió con torpeza para después retirarse.

—Espero que se me salga la pierna... —grité divertida ya con la puerta cerrada.

A veces me gustaba quedarme hasta tarde, cuando ya no había nadie, para poder bailar con libertad. Me ayudaba a liberar tensión, aunque debía mantenerlo en secreto, si mi doctor me veía... Mi celular vibró con fuerza, el nombre de «Benjamín» apareció en la pantalla. *No. Lo había olvidado.*

Entré al bar con rapidez, la lluvia era intensa y la noche estaba fría. El invierno no era una de mis estaciones favoritas, eso era seguro. El bar tenía poca luz, algunas personas estaban en la barra; caminé a uno de los *box* apenas vi su cabellera rubia. Allí estaba Benjamín con un vaso de cerveza vacío y la mirada congelada.

—Lo lamento, lo olvidé por completo —dije sentándome frente a él.

Benjamín suspiró.

—Entiendo que dijiste lo de... nada de relaciones y que quieres mantener distancia. Pero hace meses que hacemos esto, ¿sabes? No quiero ser el idiota que corre tras de ti —dijo frustrado—. No es la primera vez que pasa esto —balbuceó.

—Lo sé y realmente lo lamento. Es que estoy con muchas cosas, nada más —dije con rapidez.

—¿Sientes algo por mí? ¿O solo buscas sexo? —preguntó de repente y quedé dura como una estaca; él sonrió de lado y dejó escapar una bocanada de aire—. La fría Lina... ¿quién

será el que pueda hacer latir tu corazón de una vez por todas? —preguntó mirándome para luego agarrar su abrigo y pararse—. Aquí tienes una cosa menos por la que preocuparte —finalizó.

—No es necesario que... —No me dejó terminar, ya se había ido del lugar.

—¿Le traigo algo? —preguntó la moza a mi lado.

—Una cerveza bien fría, por favor —dije con la mirada fija al frente.

Las relaciones eran una mierda y siempre lo habían sido; yo simplemente no buscaba nada serio, pero al parecer... no me estaba explicando del todo bien.

Observé al joven moverse con nerviosismo ante la música clásica; su imagen se reflejaba en los tres espejos en las paredes. Frené la música.

—Evan —lo llamé; él intentó hacer un *sissonne*, que era básicamente un salto con los dos pies—. Evan, para —volví a llamarlo. Él frenó, completamente transpirado; era un joven escuálido, bastante pálido y de ojos oscuros. Llevaba una camiseta celeste holgada y unos shorts blancos. Parecía que iba a boxear en lugar de bailar—. ¿Me estás haciendo perder el tiempo? —le pregunté—. Porque tendría que estar haciendo otras cosas en lugar de estar con un chiquillo que no puede ni hacer una pirueta. —Sus ojos se agrandaron. Me crucé de brazos—. Me estás haciendo perder el tiempo, ¿o no? —volví a preguntar con dureza.

—No —contestó firme en un susurro, sus ojos cayeron pero su pecho se hinchó en un intento de mantenerse en pie.

—Entonces, ¿qué crees que estás haciendo? —pregunté, pero él no contestó—. ¿Te duele la pierna? —insistí manteniendo la seriedad mientras me acercaba.

—No, lo lamento. No bailaba hace un tiempo y estoy algo nervioso —comentó. Suspiré—. Tal vez tiene razón, yo... —Se dio vuelta en búsqueda de su bolso.

—¿A dónde crees que vas? ¿Acaso te dije que te retires? —pregunté con voz elevada. Él se dio vuelta con rapidez. *Vamos, niño, te tengo fe*—. Vuelve aquí, quiero que te relajes. —Respiré hondo viendo su terror—. Evan, esto no es más que una simple demostración. No temas, ni por mí ni por tu pierna, no quiero que me muestres que sabes hacer las poses de ballet ni que sabes teoría, eso lo hablaremos después. Ahora lo que quiero ver es el talento... el alma —dije mirándolo fijamente—. No me demuestres que eres bueno, sé bueno. ¿Me entiendes? —dije. Él tragó—. ¿Eres bueno? —pregunté con dureza. Él miró hacia el piso y asintió cortamente—. Quiero verlo entonces —hablé caminando hacia el reproductor de música. Evan caminó nuevamente hacia el centro de la sala—. No te pondré una canción de clásico, voy a poner algo que tal vez pueda dejarte llevar un poco más.

—Pero entonces... ¿qué bailo? —preguntó.

—Todo. —Puse *play* y *Land of All* de Wookid empezó a sonar con fuerza. La elección de una canción en inglés no era al azar, sabía que era la lengua materna del morocho. Evan se quedó unos segundos parado mirando al frente y cerró sus ojos—. ¡No pienses, Evan! —grité por arriba de la música. *Vamos, niño*.

Lentamente su cuerpo empezó a moverse con lentitud y suavidad, casi como si fuera una coreografía. Una *pirouette* fue

el centro para por fin dejarlo ir, una mezcla de jazz, contemporáneo, clásico y *breakdance* se desplegó completamente ante mis ojos. Se movió con emoción junto a la melodía, como si realmente la sintiera. Terminó con un *sissonne* perfectamente ejecutado. La canción se acabó y solamente quedaba un Evan deshecho arrodillado en el piso. El lugar quedó en silencio. Respiré hondo.

—Habla con Erick, él te pasará los horarios de mis clases. Quiero que le especifiques qué piruetas te generan dolor en la pierna; podemos trazar un mapa así no destruimos tu cuerpo hasta que te sanes por completo —dije mirándolo fijamente. Él estaba completamente transpirado y sabía por propia experiencia que su pierna estaría pinchando—. Bien hecho, chico —fue lo último que dije para irme a mi oficina, no sin antes pasar por la recepción; Erick se encontraba completando una planilla. Mi boca se movió antes de que pudiera pensarlo—. Lo haremos, competiremos —dije mirándolo, él me miró—. Habla con los demás, quiero ver a los mejores de cada clase mayores de dieciocho. Haremos una audición cerrada, ¿sí? —Erick se paró ya con la carpeta en mano—. También comunícate con Terra, su novio trabaja en turismo y arma paquetes de viajes, ¿puedes encargarte con ella de eso? —Él asintió—. ¡Manos a la obra! —grité con una sonrisa mientras caminaba hacia mi oficina—. Gracias, Erick, no sé qué sería de mi vida sin ti —le grité sabiendo que podía escucharme antes de cerrar la puerta—. Pavlova, aquí vamos —suspiré.

Muy bien, que empiece este camino.